ENCICLOPEDIA





URUGUAYA

El mundo indígena

Eugenio Petit Muñoz



Los primitivos habitantes del Uruguay*

Eugenio Petit Muñoz

Primeras culturas

1 El *pre-cerámico catalanense.*

Por la variedad y riqueza de su fauna, el actual territorio del Uruguay se ofreció como escenario natural, para la instalación sucesiva o simultánea de pueblos recolectores, pescadores y, preferentemente, cazadores, sedentarios, semi sedentarios o nómades.

De tales pueblos son notables los restos, por ahora exclusivamente líticos, de una cultura pre-cerámica, todavía muy polémica y propuesta como específica ante los círculos científicos sólo hace pocos años. Aunque su zona de dispersión abarca débil e irregularmente todo el Uruguay, tiene su centro de máxima densidad y de irradiación (un inmenso yacimiento taller) en el ámbito de la zona del Noroeste del país, llamada del Catalán, por lo cual se llama también a esta cultura "el pre-cerámico del Catalán" y también "el catalanense", sin perjuicio de que algunos la continúen designando "industria lítica incipiente".

Su varia tipología, de tosca factura paleolítica, monofacial y marginal y rara vez bifacial, de grandes planos y pocos retoques secundarios, tallada a percusión, muchas veces en grandes piezas, ofrece muy frecuentemente, además de rascadores, y de raederas, el llamado "chopper" (tajador con filo a un lado) y algunas formas amigdaloides. Pero no registra, en asociación con ellas, la punta de flecha ni la punta de lanza, las que con todo, se recogen esporádicamente.

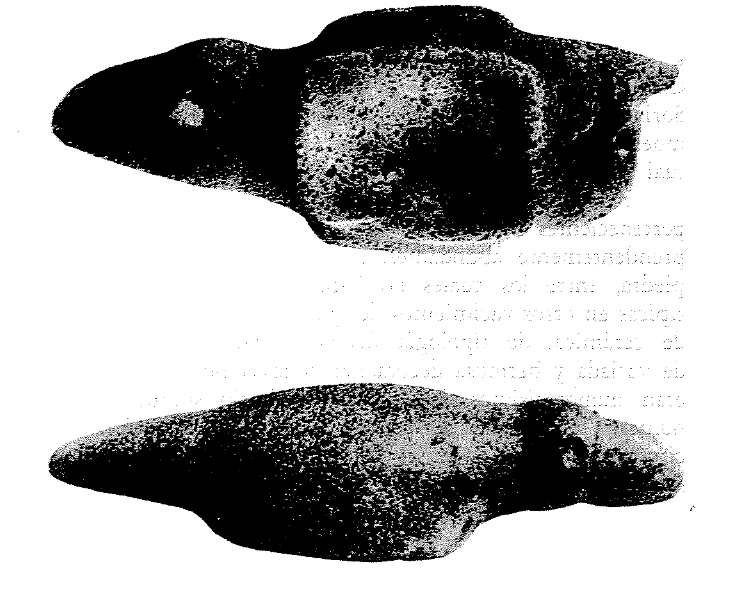
Actualmente se le asigna una antigüedad de 8.000 a 11.000 años. Empero, si tales dataciones se remontan a su nacimiento, no se sabe en cambio hasta qué época perduró, y hay razones para pensar que llegó hasta tiempos relativamente recientes.



* Este trabajo fue especialmente preparado por el Prof. Eugenio Petit Muñoz y adaptado por el cuerpo de redacción de *Enciclopedia Uruguaya*, que al efecto contó con la colaboración de la Lic. Alba Mariani.

2 Monumentos megalíticos.

Han sido descriptos, aunque muy someramente y sin ningún rigor, varios tipos de monumentos megalíticos en el Uruguay. Corresponde separar de estos hallazgos dos tipos: los llamados "mounds" para identificarlos con los montículos denominados hoy vulgarmente "terremotos" o "cerritos de los indios", y los denominados "cairnes", que eran enterratorios de piedras amontonadas y que no deben confundirse con los "vichaderos", que eran, en cambio, "circuitos que consisten en verdaderos cercos formados a expensas de rústicas paredes de piedra, de muy escasa elevación, que presentan forma de garita".



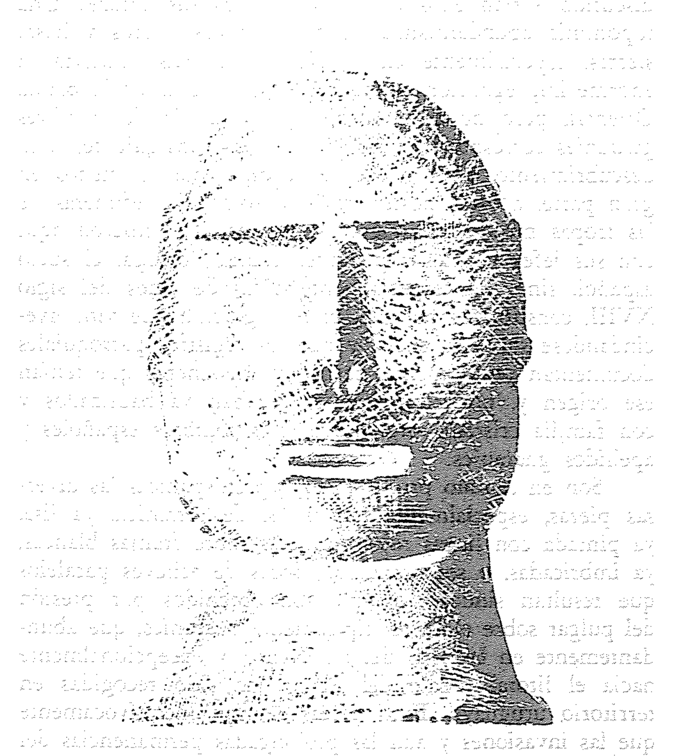
—Escultura de piedra en forma de pájaro (ornitolito) cuyo origen y finalidad aún discuten los especialistas, pero que revela un alto grado de estilización...

3 La cultura zoolítica.

La zona atlántica del Uruguay revela haber conocido la presencia, en época todavía imprecisa, de una cultura zoolítica cuya tipología es muy conocida en el Brasil. Tal cultura zoolítica, en el Uruguay, no sería sino una prolongación de aquélla, dada la perfección de sus muestras. Estas son, en nuestro país, casi todos ornitolitos (tres hasta ahora y un solo ictiolito) mientras en el Brasil, donde también abundan aquéllos, predominan los ictiolitos. Las recogidas en nuestro suelo alcanzan una alta estilización artística, obtenida en el ya clásico tipo tabuliforme o placoide, con cavidad ventral (y en un caso aberrante, lateral) probablemente destinada a quemar yerbas o polvos narcotizantes, como lo hacen todavía los pueblos indígenas que practican el rito del paricá, todavía en uso entre algunas tribus amazónicas del Brasil.

Sorprendentemente, un antropolito recogido en el lado opuesto del territorio, a 400 kilómetros del océano, al Oeste, en Mercedes, ofrece la misma estructura tabuliforme o placoide e idéntica cavidad ventral. Y si hace pensar por ello, inevitablemente, en los aludidos zoolitos, tienta paralelamente a buscar vinculaciones con los antropolitos de la región diaguita del Noroeste argentino y con los que se conocen del Brasil. Por su perfección artística, este único ejemplar uruguayo de antropolito tabuliforme es indudablemente, hasta ahora, la pieza *princeps* de los hallazgos de su serie en la zona atlántica de Sud América.

Los zoolitos de este tipo del litoral atlántico brasileño meridional son atribuidos, provisionalmente, a la cultura guayaná. Con la misma reserva podría hablarse, pues, de que ésta extendió su área de expansión hasta nuestro país, no sin duda en su *habitat* permanente, pero sí en sus incursiones.



... que alcanza su madurez en el antropolito, la pieza más acabada de su serie.



El yacimiento de Colonia Concordia.

Una cultura al parecer muy localizada en suelo uruguayo es la que se exhumó en 1945 en el túmulo de Colonia Concordia, próximo a Dolores (departamento de Soriano), pues no se ha hallado de ella sino esta sola muestra, que no revela otras vinculaciones sino un eventual parentesco con la querandí de la Argentina.

Arrojó restos más o menos completos de esqueletos pertenecientes a 59 individuos y artefactos de hueso sorprendentemente abundantes, mientras eran escasos los de piedra, entre los cuales no había puntas de flecha, tan típicas en otros yacimientos del país, si bien los fragmentos de cerámica, de tipología diversa y no específica, pero de variada y hermosa decoración, todavía no sistematizada, eran numerosísimos. Este solo repositorio suministró un número importante de astas de ciervo con perforación circular intencional en el centro del vértice en que se separan del principal sus dos primeros ramales.



Los guaraníes en el Uruguay.

Los guaraníes incursionaron frecuentemente en el Uruguay y coexistieron quizás con los charrúas, pero no pacíficamente. Eran como es sabido, antropófagos; y si fuera cierto que Solís fue devorado por los indios, hecho todavía discutido, serían ellos y no los charrúas sus autores. Una toponimia abundantísima de ríos, arroyos, cerros y hasta sierras, especialmente en el Norte del país, muestra la enorme impregnación alcanzada por su idioma en la Banda Oriental, pero no es probable que esta ola de nombres guaraníes corresponda a tiempos apenas subsiguientes a su descubrimiento, pues puede ser debida, por lo menos en gran parte, a otras posteriores: no sólo a las efímeras de las tropas misioneras, que más de una vez vinieron aquí con sus jefes jesuitas a defender contra Portugal el suelo español, sino más especialmente a las de fines del siglo XVIII, constituidas por una gran migración que vino avecindándose sobre su suelo, y que los registros parroquiales documentan prolijamente, de indios misioneros que tenían ese origen y, por consiguiente, llegaban ya bautizados y con familia cristiana organizada, con nombres españoles y apellidos guaraníes.

Son en cambio probablemente prehispánicas las diversas piezas, especialmente funerarias, de cerámica, ya lisa, ya pintada con líneas rojas o negras sobre franjas blancas, ya imbricadas, o sea formando líneas de relieves paralelos que resultan sinuosos porque son obtenidos por presión del pulgar sobre el barro, típicamente guaraníes, que abundantemente en las islas del río Negro, y excepcionalmente hacia el litoral medio del Plata, han sido recogidas en territorio uruguayo. Estas piezas revelan inequívocamente que las invasiones y aun las prolongadas permanencias del guaraní en este suelo pueden situarse sin dificultad ya en la época de la conquista, y quizás todavía antes.

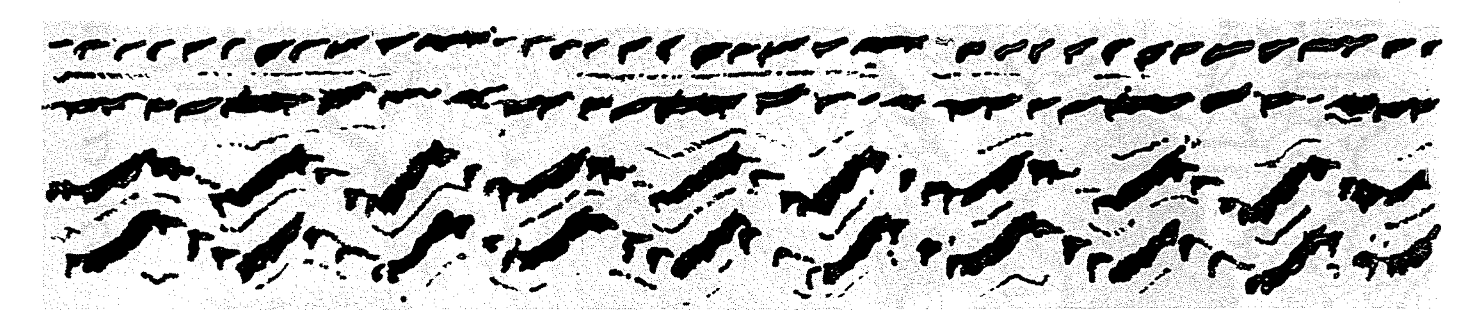
6 Los arechanes.

Una única fuente básica, el cronista paraguayo Ruidíaz de Guzmán, al que cien autores han seguido muchas veces sin nuevo estudio, notició en 1612 la existencia de los *arechanes,* a los que consideraba parte de la nación tupí y enemigos de los charrúas y de los guayanaes, y que, en número de veinte mil, habitarían el Este del país, a ambas orillas del Río Grande, es decir, en la zona que anteriormente hemos señalado por la presencia en ella de los zoolitos tabuliformes, como probablemente perteneciente a la cultura guayaná.

Es indispensable recordar, antes de proseguir, que la cultura tupí forma, con la guaraní, el gran complejo al que la mayoría de los autores llama guaraní-tupí, al paso que otros lo denominan tupí-guaraní, y que los indios llamados generalmente tapes, tan difundidos en nuestro país, ya civilizados, desde la época colonial, eran en realidad tupíes. Y bien, la única diferencia que señala Ruidíaz de Guzmán entre los tupíes y los arechanes, es que éstos traían el cabello "revuelto, encrespado para arriba".



Asta de ciervo (yacimiento de Colonia Concordia) cuya tipología se corresponde con la de las "astas ceremoniales" del neolítico europeo y con la de los "enderezadores de flechas" que aún hoy usan diferentes pueblos actuales (Museo Oliveras).



Decorado con motivos geométricos, obtenido mediante incisiones rítmicas.

7 Las dos fases de la cultura de vinculaciones paranaenses.

La que Pablo Serrano denomina cultura de vinculaciones paranaenses, en sus dos etapas, la inferior, que el mismo llama "modalidad básica del litoral", y la superior, que designa como "modalidad de plásticos paranaenses" o "ribereños plásticos", ambas estudiadas y descritas abundantemente por él en sus grandes áreas de dispersión de la Argentina, lanzó irradiaciones numerosas hasta el Uruguay, que se extienden por la región Suroeste del país, hacia los cursos inferiores de los ríos Negro y Uruguay, y superior y medio del Plata, donde se han recogido y se siguen recogiendo fragmentos y aun piezas enteras.

De la inferior, rica ya, sin embargo, en cerámica, el material cosechado en el Uruguay ofrece generalmente utensilios de formas globulares, subglobulares y otras análogas; y, para dar una idea de su decoración transcribimos la acertada síntesis, que se refiere, además, a las piezas procedentes de nuestro país, alcanzada por Eduardo F. Acosta y Lara:

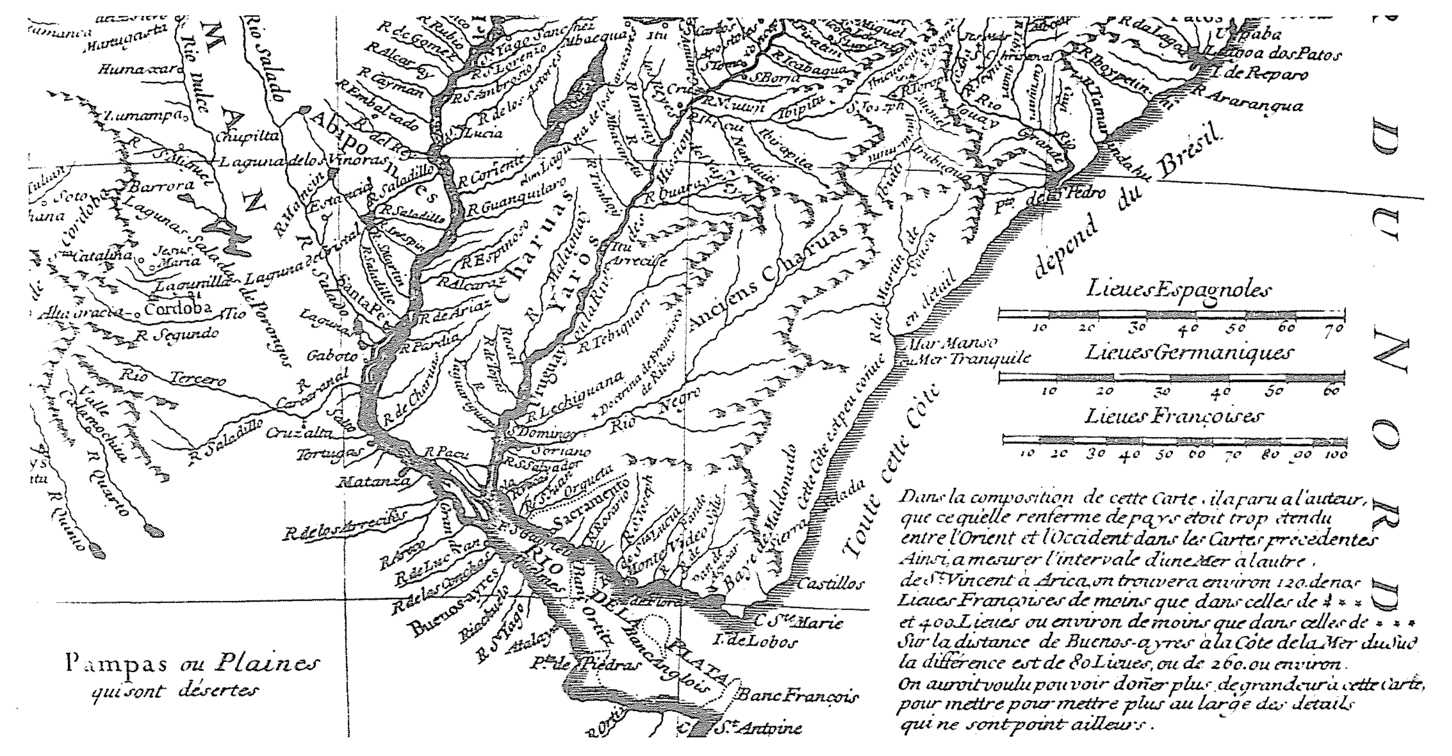
"[. . .] cerámica que usualmente se presenta lisa, sin asas, aunque en casos con agujeros de suspensión, limitado su decorado, cuando lo tiene, a guardas u otros motivos geométricos obtenidos mediante incisiones rítmicas (punteado), o lineales (surcos), lográndose de la combinación de estos elementos, ya sea áreas de punteado limitadas o no por trazos lineales, grecas simples o múltiples, triángulos, rombos, rectángulos, líneas en zig-zag y escaleriformes, libres o comprendidas dentro de paralelas, etc., variedad de figuras que se repiten sucesivamente hasta completar un verdadero cíngulum. En este plano el indio desarrolló temas que merecen calificarse de magníficos, aunque no se encuentra en ellos, ni aun en los más complejos, prueba de que el artífice ensayara jamás otros motivos que no fueran los puramente geométricos". Faltaría añadir que también esta modalidad básica suministra alfarerías pintadas, ya por dentro, ya por fuera, ya en ambas caras, y con no menos arte.

En cuanto a la etapa superior, definida por esas así llamadas alfarerías gruesas campanuliformes o simplemente *campanas,* casi siempre zoomorfas y rara vez antropomorfas (verosímilmente hornillos), cuya área de mayor densidad abarca todo el largo del bajo Paraná, la importante serie de piezas obtenidas en suelo uruguayo, que aumenta incesantemente, ofrece figuras de animales (preferentemente psitácidos pero también de otras aves y asimismo batracios, ofidios y mamíferos), de los mismos dos tipos que suministran los repositorios argentinos: unos recortados o siluetas, y otros en volumen, formando asas o apéndices pero también constituyendo las piezas enteras; piezas, como se ha podido inferir por estos detalles, casi siempre zoomorfas, aunque también las hay antropomorfas. Dos de ellas, cada una en su serie, merecen llamarse *princeps,* también, por su nivel artístico: un ñacurutú o buho gigante en la zoomorfa, descubierto en la zona de Puerto del Sauce, y una cabeza de mujer altamente estilizada y ricamente adornada con cofia y collares, aparentemente de caracolillos, única existente en el país, en la antropomorfa, que fue hallada en las inmediaciones de Nueva Palmira. Debemos agregar a las series zoomorfa y antropomorfa una tercera, no menos hermosa, constituida por los llamados *botellones,* por su forma cilindroide algo alargada que va rematando suavemente en un fuerte cuello que se abre en ancho borde plano terminal.

Cabe señalar finalmente, como elementos constantes de las alfarerías gruesas, la existencia de verdaderas redes de líneas de puntos o de surcos ininterrumpidos, éstos a su vez delicadamente punteados con rítmica continuidad, líneas de variada tipología que cubren la superficie de todas las piezas; y, en las de volumen entero, además, y como para destacar un rasgo, subrayar una forma o bordear una saliente de la pieza (especialmente las llamadas cornisas), la presencia de un friso vigorosamente inciso, o escotado, sobre el grueso filo de una prolongada cresta o relieve longitudinal muy acusado (aunque a veces se cruzan dos), friso constituido por una sucesión de brevísimas e innumerables líneas paralelas entre sí pero perpendiculares al eje del relieve longitudinal, que forman también una especie de punteado, asimismo muy decorativo, pero que difiere de los otros por ser éste rudo y enérgico.

Un hallazgo notable muestra uno de los ritos funerarios de esta cultura: los restos esqueléticos de dos niños enterrados juntos en un pequeño túmulo artificial de ocre rojo y revestidos por cofias de caracolillos *(urosalpinx ruschi),* de agua salada, siendo así que es dulce el de la zona del yacimiento originario, que es la de Arazatí (departamento de San José).

Un consenso generalizado entre los especialistas del Río de la Plata atribuye esas dos etapas de la cultura de vinculaciones paranaenses a la cultura chaná-timbú, cultura que es efectivamente contemporánea de la conquista, y a la que muchos tienen por dueña de un patrimonio propio, de caracteres específicos, dentro del vasto escenario que se le asigna, que va desde el Paraná medio hasta las dos márgenes del Río de la Plata. Pero hay hechos que inclinan a considerar al chaná-timbú como un grupo —acaso el más diferenciado, evolucionado y refinado— de las que integraron "el gran complejo charrúa".



Mapa de 1734, tomado de las "Lettres E'difiantes et Curieuses Écrites des Missions Etrangeres, par quelques Missionnaires de la Compagnie de Jesus, Pariz".

El gran complejo charrúa

1 Noticia general.

Navegantes, exploradores, cronistas, cartógrafos, documentación oficial y privada de los más diversos órdenes, han venido testimoniando, coincidentemente, desde los primeros contactos de los europeos con el Río de la Plata, que la actual República Oriental del Uruguay en su parte meridional, estaba habitada por un pueblo, cuyo nombre dan algunas veces, si bien otras veces lo silencian, pero reconocen como muy guerrero aunque no antropófago, y al cual atribuyen rasgos de ferocidad que hoy el etnógrafo, el etnólogo y el historiador interpretan como las formas con que el espíritu de independencia y la altivez, la valentía, la fortaleza física y la destreza de sus componentes reaccionaban en defensa de su suelo contra quienes los habían agredido o pretendían conquistarlo, y acabaron por ser para siempre sus enemigos; pues está comprobado ya sin discusión, no sólo que jamás fue suya la iniciativa del ataque, sino que, por el contrario, eran de natural hospitalario, generoso y leal con quienes se llegaban de paz hasta ellos.

La primera fuente que los nombra, que es Diego García, en 1526, los llama una vez *chaurrucíes* y otra *charruases;* Uldrico Schmidl, en 1542, *zechurúas;* Martín Fernández de Oviedo y Valdés, según datos trasmitidos por Alonso de Santa Cruz, miembro de la expedición de Gaboto, *jacroas;* y Martín del Barco Centenera, en 1573, *charuahas* y también *charrúas,* nombre que se universalizó finalmente de esta última manera. Empero, el pintor francés J. P. Debret, que dejó en 1823 dos valiosas estampas coloreadas de algunos de sus tipos, los llama "charruas ou chirous", es decir, *chirús.* La voz *chirusa* usada para designar a una mujer aindiada y de condición despreciable, puede tener su origen en aquélla, sin que haya conservado el equivalente masculino.

La crueldad de algunas de sus prácticas y ritos, y su resistencia a la evangelización, contribuyeron a la aceptación de la leyenda de su ferocidad. Se hacían una herida con sus cuchillos de piedra por cada enemigo que mataban. Las mujeres, según todas las fuentes, y, según otras, también los hombres, se amputaban una falange de los dedos por cada pariente que perdían. Las mujeres, asimismo, al morir su padre se clavaban por todo lo largo de los brazos la lanza del difunto, quedándoles llenos de cicatrices; y los hombres, a la muerte del mismo, se hacían atravesar de pulgada en pulgada, desde el puño de la mano hasta el hombro, ya una astilla de caña, ya una pluma de avestruz, ya una espina de pescado. Diversas fuentes muestran que los materiales y las prácticas usadas por minuanes y charrúas, no eran sino las variantes clánicas y seguramente totémicas de una misma práctica funeraria, lo que constituye una prueba más del parentesco del charrúa con otros grupos contiguos.

En efecto, muchas de esas fuentes, y especialmente Azara, ubican como "naciones" diferentes, en el actual territorio uruguayo, a los *yaros* sobre la margen izquierda del bajo Uruguay, entre los ríos San Salvador y Negro; a los *chanaes* o *chanás* en la desembocadura de éste, especialmente en sus islas; a los *mbohanes* o *bohanes* al Norte



Ñacurutú, vaso ritual, descubierto por Francisco Oliveras en las costas del Río de la Plata, Depto. de Colonia (Museo Oliveras).

del río Negro, sobre el río Uruguay; y más al Norte, a los *güenoas*, indebidamente llamados por muchos autores *guenoas;* y mientras los *minuanes* aparecen mencionados en el siglo XVIII como habitando hacia el centro del país, una multitud de fuentes, lingüísticas, etnográficas y antropológicas *stricto sensu,* inducen a desechar esa que llamaremos interpretación *pluralista* de tales grupos indígenas y a tenerlos en cambio fundadamente, como partes de un solo gran complejo, que debería llamarse *gran complejo charrúa.* La existencia de tal complejo obliga entonces a acudir, para explicarlo, a una concepción *monista* de ese conjunto de grupos, a través de las fuentes enunciadas y siguiendo el método del Dr. Paul Rivet.[1]

(1) Este punto, así como muchos otros cuya discusión erudita no puede desarrollarse aquí, será debidamente tratado en un estudio de próxima aparición.

2 Estructura social del conjunto.

En la estructura que llegó a alcanzar al final, pues su formación era debida seguramente a sucesivos aportes, cuatro grupos se muestran en el conjunto como principales, y eran probablemente fratrías: el *charrúa* propiamente dicho, el *chaná,* el *güenoa* y el *minuán,* pues parece que cada uno de ellos tenía dialecto propio dentro de un idioma común, o idioma propio dentro de una familia lingüística; y muchos sub-grupos no eran probablemente sino clanes de aquéllos. El clan era endogámico-exogámico, al parecer, aunque no se unían hermano y hermana, y con seguridad, totémico, como habrá podido verse por lo que dijimos al detallar uno de sus ritos funerarios. Sin contar los *totems* a que aludimos allí (planta de caña, avestruz y pez), nuestros estudios nos han revelado la existencia casi segura de un tótem jaguar, otro venado, otro aguará. No hemos tenido en cuenta para determinarlos los que podrían surgir de las alfarerías gruesas zoomorfas, por ser tan exclusivas del chaná, ni de los zoolitos del Este, por serlo del guayaná.

Seguían la filiación matrilinear. Podemos afirmarlo así por lo que resulta de varios hechos concretos, a saber: 1º el de que, en el año 1628, siendo el cacique y hechicero Guayramá, que no era charrúa sino "de unas isletas" del río Uruguay en la zona de Yapeyú, el P. Nicolás Mastrilo Durán refiere que al morir el nieto de aquél "la madre que era charrúa con todas sus parientas se arrancaron los cabellos y cortaron los dedos conforme el uso de su nación", y el propio Guayramá se impuso con amenazas para "que le hubieran de enterrar conforme a sus ritos"; 2º de que registros administrativos de la reducción charrúa de Cayastá, de 1793 y 1795, llaman "familia" al grupo constituido por la mujer y sus hijos y aun mujeres solas y 3º el siguiente dato de Dumoutier: "el niño ignora quién fue su padre y éste no comparte con su compañera los cuidados que reclama la infancia". Agrega que son polígamos, como todas las demás fuentes. Podemos igualmente afirmar que se muestra asimismo algún vestigio de avunculado.

En la fratría charrúa, además del clan Tabobá, documentado por Centenera en el siglo XVI como *bohío*, es decir, toldería, y que llevaba el nombre de un cacique, pro-

bablemente su jefe; del de los *manchados,* acaso el más numeroso, que según el P. Cataneo tenía 101 toldos, mientras que hemos comprobado que las tolderías no pasaban generalmente de unos 25; y el de los *machaluhanes,* recién descubierto, y que, como el anterior figura en un documento, del siglo XVIII, un documento del siglo XVII (el célebre registro de Santa Fe de 1665) muestra, por declaraciones de los propios indios, que había entre éstos los que se llamaban a sí mismos *charrúas-yaros, charrúas bohanes, charrúas-martidanes, charrúas-negueguianes, charrúas-balomares, charrúas-guayantiranes* o *guarantiranes.*

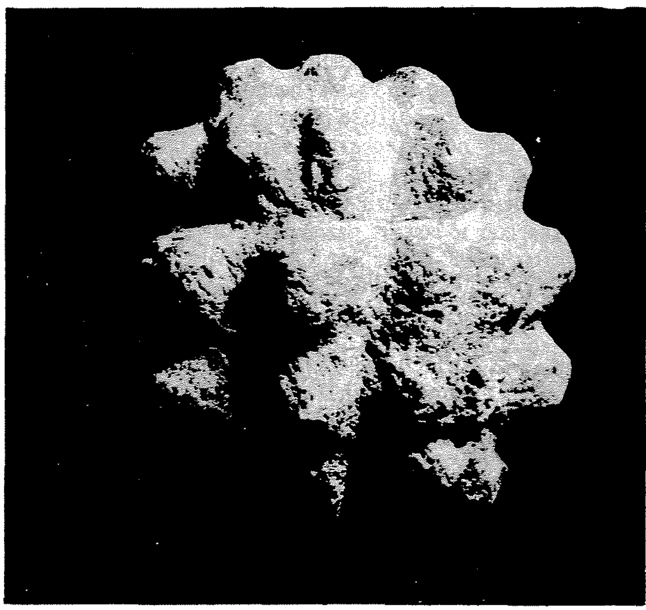
En cada clan había un cacique, llamado probablemente "taita", según supone Bauzá, y un consejo de ancianos; pero sus resoluciones, afirma Azara, no eran obligatorias, y había, dado lo que puede interpretarse por un contexto de fuentes de época, un cacique superior para cada grupo de clanes y hasta otro para el conjunto de las fratrías, pues uno de ellos era a la vez el jefe de todo el gran complejo. Surge, sin embargo, de diversas actas del Cabildo de Montevideo, que, por lo menos para los minuanes de mediados del siglo XVIII, había dos caciques superiores, respectivamente, a otros varios, estos últimos jefes de "tolderías", es decir, de clanes, lo que no daría, por lo que respecta a tal período, ni una jefatura única para los mismos, ni, por consiguiente, para el gran complejo, pues parece que en ese momento ella estaba radicada en la fratría minuana.

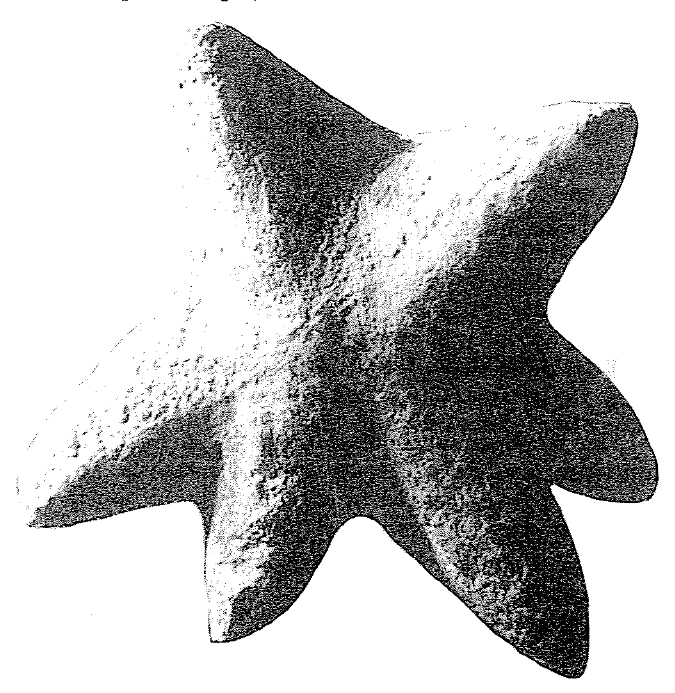
Es probable que en un comienzo el cacicazgo supremo estuviera en la fratría charrúa propiamente dicha dado que en 1573 lo encarnaba el gran jefe guerrero Sapicán y en 1715 Juan Yasú, miembros ambos de ésta, y que luego pasara a la minuana, pues hacia 1763 lo ejercían Cumandat o Comiray (ambos superiores a otros varios, del modo que acabamos de ver) y en 1785, según el Dr. José de Saldanha, Juan Caraí, pues los tres pertenecían a esta última. Cabe, pues, pensar que la fratría chaná y la güenoa estaban asimismo divididas en clanes. Por de pronto, innumerables fuentes muestran que existían dos grandes grupos básicos en la primera, los *chaná-beguaes* y los *chaná-timbués,* y acaso un tercero, los *chaná-salvajes,* a los que cabría agregar, siguiendo la buena síntesis hecha por Eduardo F. Acosta y Lara, los *mepenes, mocoretaes, calchines, quiloazas, corondas, timbúes o atembures y caracaraes.* Notemos que caracará es el nombre indígena del carancho, lo que permite considerar esta ave como el totem de un clan. Y en cuanto a los güenoas, es probable que sean éstos los llamados *guanás* por Azara, pues éste, en su amplia descripción de las naciones indígenas de la cuenca platense, no menciona a los güenoas y estudia en cambio a los guanás, y revela que aquéllos se hallaban divididos en los siguientes grupos, a los que llama "hordas": *layana, etheleonoé* o *quiniquinao, chabarona* o *choroana o tchoaladi, saynacanoé, nigotisibué, yunaeno, taiy y tamoco.*

Retomando el punto de vista que venimos desarrollando desde más atrás, corresponde recordar que en 1831 la jefatura común a las fratrías era otra vez charrúa, pues charrúa era el llamado por el general Antonio Díaz "super cacique Vencel".

Pero el elemento epónimo, el más famoso y copiosamente descripto por las fuentes, y cuyo nombre, en numerosos mapas de época, atraviesa en grandes letras una parte mayor de zonas del Norte del Río de la Plata y a ambos lados del Río Uruguay, viéndose entrecruzados, como para mostrar que formaban parte de él, de pequeños nombres correspondientes a muchos de los otros grupos que hemos mencionado, es, como evidencia impresionante, el de los *charrúas.* Por lo cual también a través de pruebas cartográficas resulta valedero el concepto que refunde a todos esos grupos en un solo conjunto, que resulta igualmente bien llamado, por ello, aunque mucho más fundadamente por los tres órdenes de hechos que se verán, gran *complejo charrúa.*

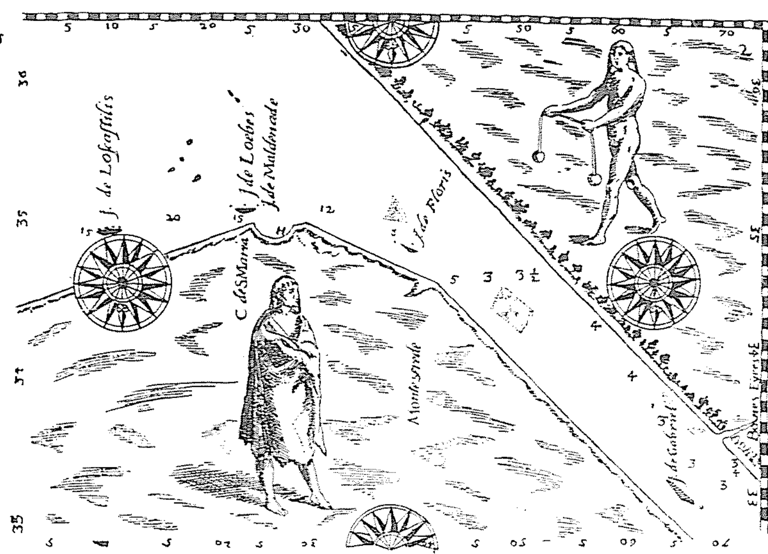
Es así que, con la conciencia de lo mucho de prematuro que tiene el esquema que acabamos de proponer hemos mantenido el chaná dentro de lo que creemos eran los límites que se debe atribuir a lo que en realidad constituía el gran complejo charrúa.





Dos joyas temibles: los rompecabezas estrellados. (Museo Oliveras).

—*Desde la isla de San Gabriel (Colonia), hasta la de Lobos (Maldonado) en 1599. (Grabado de la época).*



3 Hechos lingüísticos.

Debemos comenzar por decir que, en cuanto a los hechos lingüísticos, estimamos fundamental señalar, antes de entrar en el tema, lo que no es sino un grave error en que según entendemos incurrió el Dr. Canals Frau, y que consiste en creer que no era chaná sino bohán el idioma del que Dámaso Antonio Larrañaga recogió, de boca de tres ancianos sobrevivientes de Santo Domingo Soriano, y bajo el título de *Compendio del Idioma de la Nación Chaná,* los conocidos elementos gramaticales, y con éstos las 66 voces indígenas, que en dicha obra se contienen.

Las fuentes, así seguras como dudosas, que hasta ahora se conocen, y a las cuales habría que agregar elementos aislados emanados de la topografía, de menciones incidentales de cronistas o documentos de época, de la tradición familiar superviviente y acaso alguna otra igualmente esporádica, ninguna de las cuales cabe mencionar en el breve inventario que pasamos a dar, pueden ordenarse así:

1º El catecismo güenoa del P. Camaño publicado por Hervás en 1800 y por Outes en 1923, que contiene 32 palabras güenoas con su traducción, hecha solamente por frases, al italiano; 2º el *Compendio del idioma de la Nación chaná* de D. Dámaso Antonio Larrañaga, obra de época, que contiene 66 palabras además de detallados principios de gramática de dicha lengua; 3º el hoy llamado "Códice Vilardebó", realizado por el Dr. Teodoro Vilardebó, que recopiló sus datos sobre fuentes todavía vivas y que, en dos vocabularios y otros datos etnográficos de época, hace un total de 61 palabras charrúas; 4º los 43 nombres de indios charrúas registrados probablemente en 1792 en Cayastá, nombres cuya significación se desconoce, publicados en 1934 por Mons. Pablo Cabrera; 5º las 20 palabras recogidas en 1555 por marinos franceses a indios "gruesos y grandes" que se amputaban las falanges, en la zona del Río de la Plata, con algunas traducciones por frases y aun por voces aisladas, que el cosmógrafo francés André Thévet publicó en 1573, indios tenidos antes por patagones pero que R. Lehmann-Niesztche demostró en 1937 eran charrúas, fundándose en sus características etnográficas tanto como en la región que habitaban, aunque el mencionado sabio alemán olvidó registrar 6 palabras entre las 20 que hemos verificado personalmente compulsando la edición original de *La Cosmographie universelle,* de Thévet, de 1573 en que todo ello figura; 6º los 74 nombres de indios charrúas de significación hasta ahora desconocida, que hemos copiado en el Archivo General de la Nación Argentina en 1955, en un expediente. Entre esos 74 figuran, a veces, con variantes, muchos de los 43 de Cabrera.

Cuadro comparativo de algunas voces de significado conocido: charrúa, chaná y güenoa, con su equivalente castellano.

CHARRUA	CHANA	GÜENOA	CASTELLANO
yu	gil	yut	uno
san	sam		dos
detí o datit		detit	tres
betum			cuatro
betumiú			cinco
betum san			seis
betum detí			siete
betum arta san			ocho = (¿cuatro veces dos?)
baquiú			nueve = (¿menos uno?)
guaroj			diez = (¿mano cerrada?). Es probable, pues contaban con las manos, y *guar* significaba mano.
ej	hek		boca
	¿guareptí?	¿guar-ete?	¿quién es?
		¿guarete?	¿cómo?, o ¿cuándo?
		hum	me, a mí
	umptí		mío
	rambui	amptí	nosotros
		ramptí	nosotras

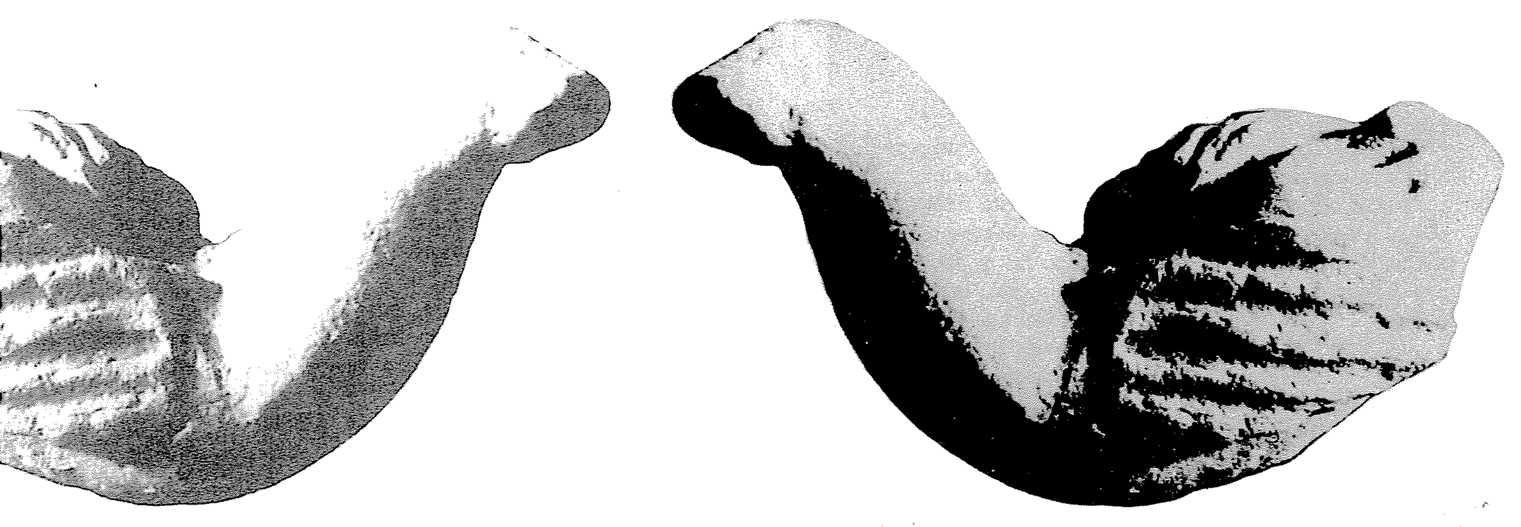


Viamaca Peru, cacique de los indios del Río Ibicuy, llevado a Francia en 1832, por F. M. Curel (Museo Histórico Nacional).

4 Hechos antropológicos stricto sensu, o de antropología física.

En cuanto a los hechos antropológicos *stricto sensu*, las fuentes son: 1º los esqueletos que se han recogido y continúan siendo recogidos *in situ*, en sus yacimientos originarios —tumbas y cementerios— (túmulos y demás) que han comenzado a integrar, y lo prosiguen, poco a poco, los museos y las colecciones particulares y a ser objeto de mediciones sistemáticas, entre las cuales son de señalarse las de Juan I. Muñoa y el Dr. Marcelo Bórmida, restos de atribución a menudo muy dudosa al charrúa; 2º los restos esqueléticos de Vaimaca-Perú, que muchos sabios franceses han medido y estudiado, los restos de piel y de pelos de Senaqué y los vaciados en yeso, hechos *post mortem* sobre el cuerpo entero del primero y sobre la cabeza del segundo, o *in vivo* sobre la cabeza de Guyunusa, (tres de los cuatro charrúas llevados a París en 1833), y coloreados inmediatamente en el Museo de Historia Natural de París; 3º las descripciones de los contemporáneos que vieron a los charrúas, sobre todo las de Azara y D'Orbigny; 4º la observación que podemos hacer todavía sobre los descendientes puros, si es que existen, o mestizados, que se puede continuar reconociendo bajo las ropas y las costumbres de los civilizados en el Uruguay, en la Argentina y en el Brasil.

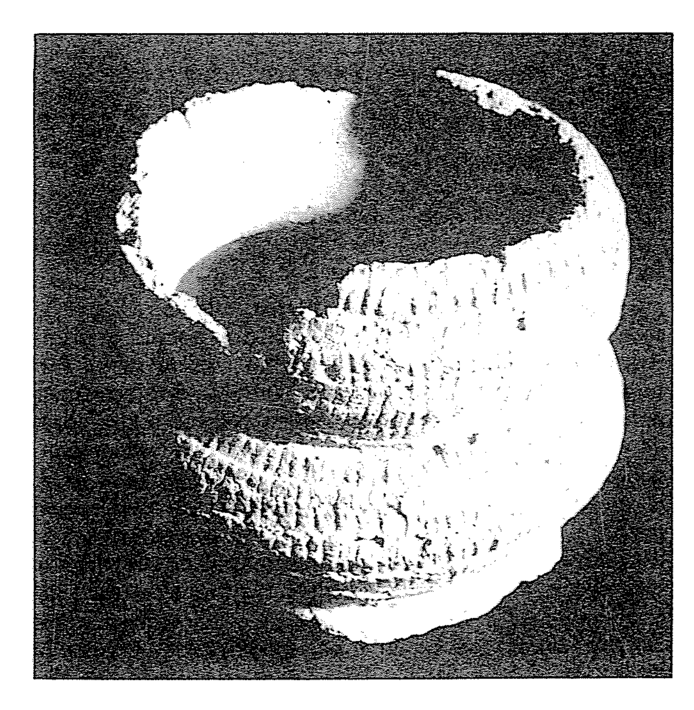
El color de su piel, según D'Orbigny era el más oscuro entre el de todos los indios de América y el que se aproximaba más al negro (y el busto de Vaimaca, si ha sido fielmente coloreado, así como el trozo de piel de Senaqué y su aparato pigmentario serían excelentes testimonios de ello) ofrecía una cantidad de matices, desde tonos rojizos hasta oliváceos, que Rivet recogió en un cuadro comparativo después de haber puesto a contribución varias fuentes para componerlo. Esta heterogeneidad desde el punto de la antropología física derivaría verosímilmente de la



Anade, pequeña cerámica hallada en el Depto. de Soriano (Museo Oliveras).

pluralidad de orígenes a que hemos hecho alusión.

Es sabido, conforme a los estudios de Imbelloni sobre el poblamiento de América, que la entrada de los fuéguidos en Sud América precedió a la de los láguidos, ésta a la de los pámpidos, ésta a la de los amazónicos y ésta a la de los ándidos. Pero ello no significa necesariamente que este orden haya sido el mismo para la Banda Oriental, donde parecía que, por lo que respecta al gran complejo charrúa, pudiera darse la presencia de los tres primeros de esos tipos raciales y quien sabe si también el quinto (los araucanos de Rivet), existiendo para el cuarto, fuera de ese complejo, el aporte guaraní. El orden de las invasiones sucesivas, y la consiguiente superposición de los invasores, pueden no haber sido aquí los mismos, y no sabemos hasta qué grado se operó la mezcla, pues la hubo indudablemente. La heterogeneidad que hemos denunciado, con ser muy importante, no era tan grande como se podía pensar. Azara y D'Orbigny han llegado a darnos una imagen física del charrúa que vale seguramente en términos de aspecto general y de fisonomía promedial. En el Uruguay, todavía hoy, los mestizos seguros descendientes de charrúa son reconocibles a causa de su estatura, alta para la mayoría, y aun si se trata de individuos de baja talla, siempre recta, firme, de cuerpo algo rígido, de conjunto musculoso, rostro de rasgos enérgicos y apretados, mejillas descarnadas, de osatura acusada, por oposición a los descendientes de guaraníes, más pequeños, gruesos, blandos, de formas redondeadas y rostro hinchado, que se sabe lo son porque abundan en las regiones del Oeste (Paysandú, Mercedes, Dolores, sobre todo), cuyas viejas parroquias guardan en las inscripciones de bautismos, casamientos y entierros, desde fines del siglo XVIII hasta comienzos del XIX una gran proporción de apellidos típicamente guaraníes acompañados de genealogías que se remontan al Paraguay o a las Misiones, a pesar de los nombres españoles de los inscriptos y de sus padres.



Pequeño recipiente trizonal con decoración "a uña" (Isla del Salto Grande - Museo Oliveras).

5 Hechos etnográficos revelados por la arqueología y por testigos de la época.

 *Generalidades:*

No sembraban, y el conjunto configura un estado social que alcanzó las técnicas del neolítico inferior, o, en términos más actuales, epimiolítico fuertemente neolitizado.

Si se exceptúan las zonas en las que hemos señalado la presencia de culturas muy especializadas y localizadas (la del Catalán, predominante en el noroeste, la zoolítica del este, la de la alfarería gruesa y la de Colonia Concordia, ambas del suroeste, y hasta la guaraní, ésta última, aunque también predominante en el suroeste, mucho más difundida sobre otras partes del territorio merced a la movilidad característica del grupo), todo el resto del país, especialmente el litoral del Río de la Plata y asimismo, en general, las regiones del interior, ofrecen un material arqueológico de factura y variedades tipológicas sensiblemente homogéneas aunque no totalmente uniforme, material que es sensato, entonces, atribuir al charrúa considerado en toda su heterogeneidad, es decir, a uno u otro de los grupos que integraban el gran complejo, dada la extensión de su habitat a lo largo de la margen septentrional del estuario y sus irradiaciones hacia el norte de éste también sumamente movedizas.

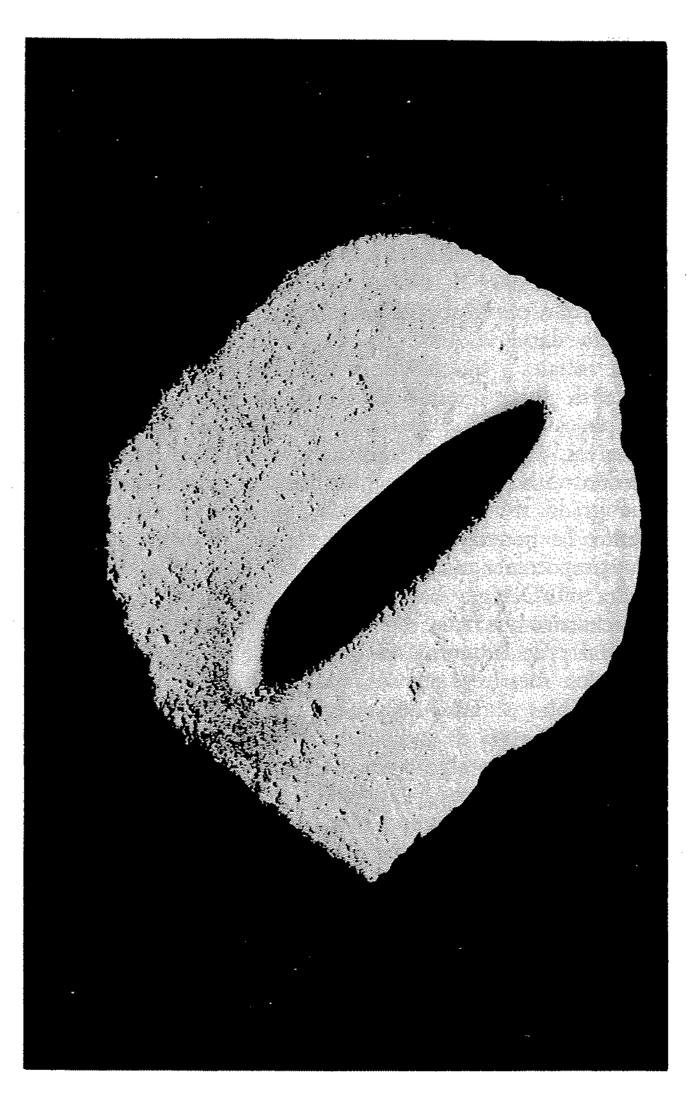
 *Industrias lítica, xílica, ósea y cerámica; armas, alimentación, ergología; vestido, adorno y elementos decorativos.*

Los restos que ofrece el patrimonio arqueológico charrúa son preferentemente líticos, en piezas casi siempre talladas pero otras pulidas en diversos grados, siendo la piedra el material que, en grueso, ya que no siempre por sus detalles, lo tipifica en el panorama general de las culturas rioplatenses, aunque también aparece la madera y quizás el hueso, ambos de todos modos excepcionalmente, y un tercero, mucho más abundante que los dos anteriores, aunque no tanto como el primero: la cerámica.

En cuanto a la alfarería charrúa, ella es, así por su cochura como por su decoración, la más simple y primitiva de cuantas se puedan hallar sobre nuestro suelo. Para su confección se emplearon como antiplástidos, cementándolas en el barro que disponían en rollizos desde abajo, en el centro, hacia la periferia y hacia arriba, arenas gruesas o finas, sin que haya constancia de que se haya usado la esponja de río que Serrano descubrió en el Uruguay medio y que es de uso, también como desengrasador, en culturas arawak. Ofrece generalmente piezas globulares o subglobulares (ollas, etc.). Su expresión más alta, que parece hasta ahora formar excepción en el conjunto, es la que dio el material recogido en el paradero de Las Tunas (zona de la boca del río Santa Lucía), pero ésta puede dar idea de lo que han sido las demás de esta cultura, por lo cual la tomaremos como tipo, recordando empero que los demás paraderos ofrecen muestras de nivel inferior; y hasta sabemos, por testimonio del capitán Silva que los charrúas tuvieron también una cerámica aún más primitiva, pues no era cocida sino secada sol.

Ni siquiera en la que hemos tomado como ejemplo figuran piezas pintadas. Aparece en ellas el uso de un llamado barniz de limo de río, ocre amarillo o rojo en forma líquida, que era previo al grabado o punteado de las guardas: éstas son casi todas solamente externas, algunas externas e internas, y muy pocas piezas están decoradas sólo en el interior. Presentaban guardas lineales o punteadas, sencillas, formando motivos generalmente de varias líneas paralelas o complejas.

Se cubrían los charrúas, cuando no andaban totalmente desnudos, como era lo habitual, con un manto de piel llamado *quillapi,* que alguna fuente señala como majestuoso, y se ponían en invierno con el pelo para adentro, y cuyo revés decoraban con líneas pintadas de colores, formando figuras geométricas; además usaron el *chillipa* o *chiripá* de tela (habida por trueque) o cuero, que pasaban entre las piernas. Se ponían también un tonelete al que



Mortero, hallado en el Depto. de Montevideo (Museo Oliveras).

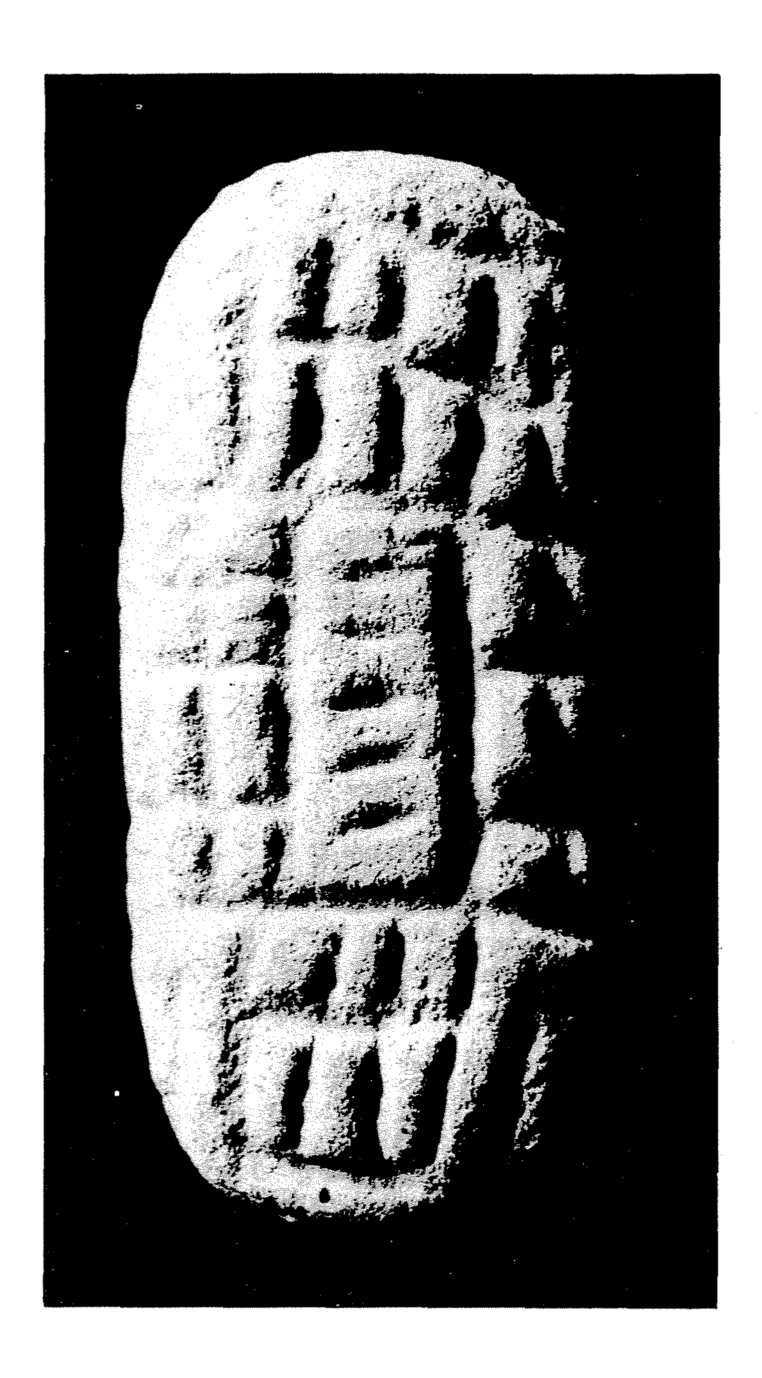
denominaban *bicouis,* al decir del francés Debret, o *chepi,* según el general Antonio Díaz; lo hacían de piel de ciervo, de aguará o yaguareté y significaba en guaraní "mi cuero". Practicaban las mujeres un tatuaje de tres rayas azules pintadas verticalmente desde la frente a la nariz, y otras dos que cruzaban las mejillas. Era el signo de la nubilidad, en tanto en los hombres existió el tatuaje cicatricial que Antonio Díaz vio como adornos y Dumotier lo menciona como marca de honor, resultado de las incisiones que se hacían en ciertas épocas del año. A los hombres, pocos días después del nacimiento, se les imponía el barbote (el llamado por los guaraníes tembetá), palillo que sobresalía varios centímetros fuera del rostro, algo más arriba del mentón, y que no debía quitarse más, por lo cual lo introducían fuertemente en medio de una piecita redonda de madera que se colocaba perforando algo más abajo del labio inferior, de modo que asomaba ligeramente a ambos lados de la carne y quedaba a la raíz de los dientes, tocando la encía. En los tiempos finales habían abandonado esta práctica. Se pintaban la cara, según Debret, con un ungüento rojizo llamado "thoia".

Colocaban dos plumas blancas, como adorno, en la cabeza, y ponían penachos de éstas, pero de colores, en los remos de sus canoas. Disponían en forma de abanico las plumas de sus flechas, que asomaban por detrás de la cabeza desde el carcaj que llevaban a la espalda.

C *Arte rupestre y piedras grabadas*

Las pinturas rupestres, es decir, en nuestro caso, pinturas de líneas rojas sobre superficies de roca viva, existen en diversos lugares del sur del Uruguay y al norte, petroglifos, o sea, dibujos grabados también en la roca. Estos están siempre expuestos hacia arriba, a diferencia de las pinturas rupestres, que miran algo hacia abajo, semi-resguardadas por la ligera inclinación de las propias paredes naturales que las ostentan y parecen haber sido elegidas entre las que ofrecían tal disposición o tenían algún reparo bajo una saliente.

Son notables las piezas grabadas (placas y cilindros) procedentes de los departamentos de Artigas, Salto y Paysandú. Las de la zona del Salto Grande, son piezas de un tamaño que va desde 11 a 22 centímetros de largo, con un ancho siempre menor, esculpidas, casi todas las conocidas, de ambos lados, y que Antonio M. Apa Lucas atribuye a una cultura que denomina "cultura lítica del Bañadero", por el lugar de su procedencia más frecuente, y cuya decoración geometrizante ofrece una varia tipología, y deben atribuirse también al gran complejo charrúa. José J. Figueira compara sus sinuosas líneas con ciertos elementos decorativos que acompañan a las figuras humanas estilizadas que se repiten en la pintura rupestre con algunas de sus cerámicas y con los dibujos de sus quillapis. Las aludidas figuras humanas de la pintura rupestre simbolizan, según Carlos Schuster, al igual que en otros pueblos primitivos, la descendencia y el parentesco de las generaciones.





—Placa esculturada, Isla del Salto Grande (Museo Oliveras).

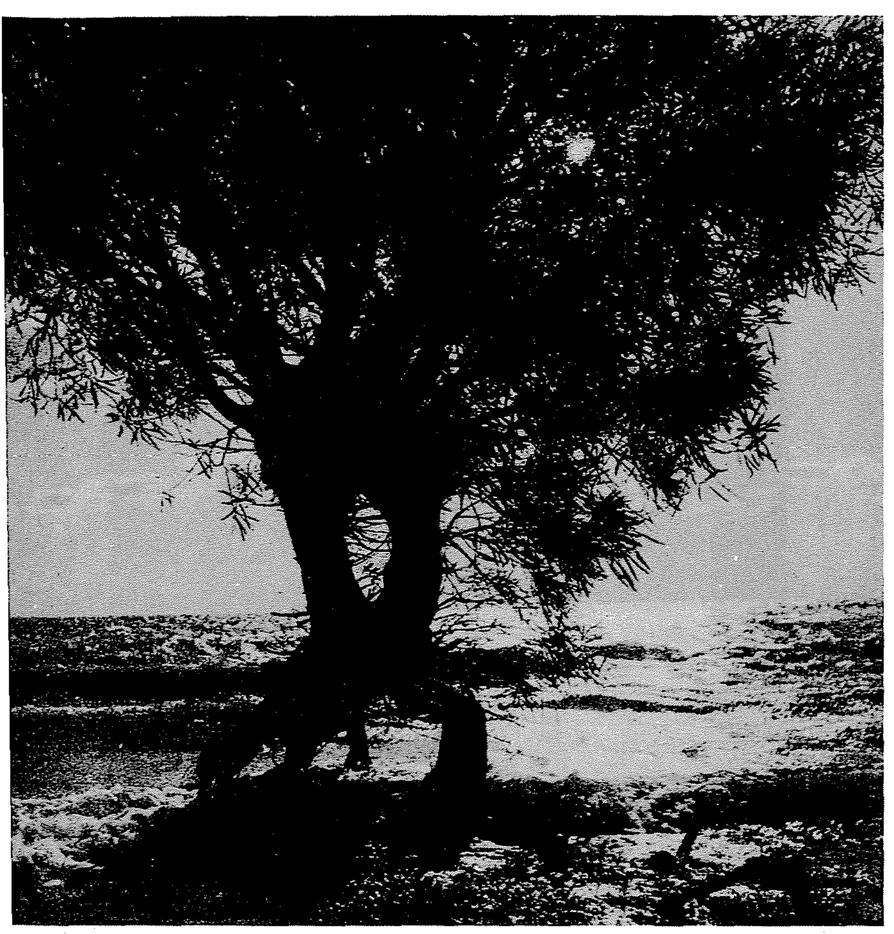


Foto Bonzas

Al mirar que los vientos otoñales
Los árboles desnudan, y los dejan
Ateridos, inmóviles, deformes,
Como esqueletos de hermosuras muertas.
(Tabaré)





Vivienda

El tipo de vivienda, que iba de la simple mampara o "paravent" de junco a la choza o toldo, también de junco, era sensiblemente igual en todos los grupos del gran complejo, que han sido captados para describirla, por la documentación de época, pero se pueden distinguir en ella, cinco tipos: el cuadrado con techo plano, la choza en forma de colmena, el cupuliforme alargado semi-cilíndrico, estos tres de pequeñas dimensiones, y el cupuliforme alargado semi-cilíndrico, más grande y con doble cierre hemisférico (este último señalado por Azara para el guayaná, sólo eventualmente integrante del gran complejo charrúa), además de la ya mencionada mampara o "paravent" usado además, por los yaros.

Con la introducción del ganado por los españoles los charrúas revistieron con un cuero de vaca los pequeños arcos con que hacían la vivienda cupuliforme alargada semi-cilíndrica, en vez de seguir usando como techo sus antiguas esteras de junco.



Navegación y vida acuática

Es notorio que existen respetables opiniones que han negado, ya sin vacilar, como Paul Groussac y Eduardo F. Acosta y Lara, ya con fuertes dudas, como es más frecuente, que los charrúas fueran canoeros. Según estas opiniones, los indios canoeros y excelentes navegantes que vio Lopes de Sousa, en 1531, desde Maldonado hasta San José (sin contar los que vio más adelante) no eran charrúas sino chanaes.

Hay, en cambio, numerosas pruebas directas y positivas de que los charrúas eran canoeros.

1º Centenera, que como, lo hemos recordado, llama charrúas a los charrúas y dice que su jefe Sapicán, muestra a este era Sapicán dando a los españoles una canoa como rescate, en cambio de su sobrino Abayubá, y, poco después, remontando el Río Uruguay "con su gente y canoas".

2º Luis Ramírez, en 1528 narra sus dificultades en la zona del puerto de San Lázaro, que Bauzá nos dice era la de San Gabriel, el llamado más tarde Colonia, sobre la

costa Norte del Río de la Plata, en el habitat charrúa. Refiere cómo, muertos de hambre, los españoles tuvieron que ir "doce leguas de Real en una canoa con unos indios a sus casas a rescatar carne y pescado".

3º Uno de los relatos del viaje de John Drake citados por Buenaventura Caviglia, narra que después de haber naufragado a cinco leguas de la isla de Lobos, John Drake y diecisiete compañeros más, y después de puntualizar que "los salvajes" del lugar, "que no son caníbales, pero toman los cristianos que pueden y los esclavizan", es decir, que es indudable que eran los charrúas, y que, "Ricardo Fairwheater, no queriendo soportar tanta miseria, y sabiendo que había una ciudad de cristianos del otro lado del río, una noche llamó a John Drake y a un jovencito que estaba con ellos, y tomó una pequeñísima canoa, que sólo tenía dos remos, y así pasó al otro lado del río, que tiene casi diecinueve leguas de ancho; y emplearon tres días en cruzarlo, sin comer".

4º En 1609 Hernandarias encontró en la barra de Santa Lucía "algunas canoas de los naturales de aquella costa". Estaba en el centro mismo del borde meridional del habitat charrúa.

5º Y bien: recordemos que en 1531 Lopes de Souza comenta que los indios "nadaban más que delfines", al referir que unos iban a nado y otros en canoas, siguiendo al bergantín portugués. Describe asimismo que sus canoas largas eran "labradas", trabajadas, o mejor, pulidas.

Los charrúas eran pescadores y no sólo cazadores y recolectores. Lopes de Souza afirma que en un juncal o toldería de aquellos mismos indios de los que dice que "nadaban como delfines", y que hay que repetirlo, hoy sabemos indudablemente charrúas, no había otra cosa "sino redes de la factura de las nuestras", lo que indica que no se trataba de las de cazar venado, de que carecían los europeos, sino de las de pescar, pues también vio ambas clases de redes sobre las tumbas de un cementerio indígena de la zona de Maldonado, y entonces las distingue expresamente, diciendo: "las redes de pescar y las de cazar venado".

Por otra parte, es sabido que, no solamente comían el pescado fresco, sino que hacían además de él "tasajo", es decir, polvo de pescado seco, y hacían también "tasajo de venado", es decir, carne de venado secada, aereándola y ahumándola conforme al conocido método indígena del "barbacoa", es decir, con ramazones colocadas a cierta distancia del suelo sobre las cuales se disponía la carne que se deseaba secar a favor del humo y el aire.

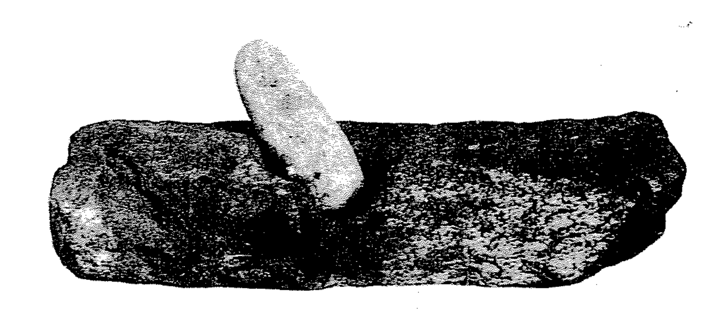


Elementos de música y de danza.

Disponemos de un caudal de hechos etnográficos que se pueden extraer de diversos testigos de época, que nos permiten refutar la afirmación de Azara según la cual no tenían bailes, ni cantos, ni instrumentos de música.

Ya en 1531 Lopes de Souza dice que los indios que vio en una de sus escalas por el habitat charrúa: "Nos recibieron con lloros y cantigas muy tristes". Documenta así, aparte de la llamada en etnografía "salutación lacrimosa", común a muchos pueblos primitivos, un doble hecho de naturaleza musical, no solamente la existencia de cantos, sino además las características de orden melancólico de éstos.

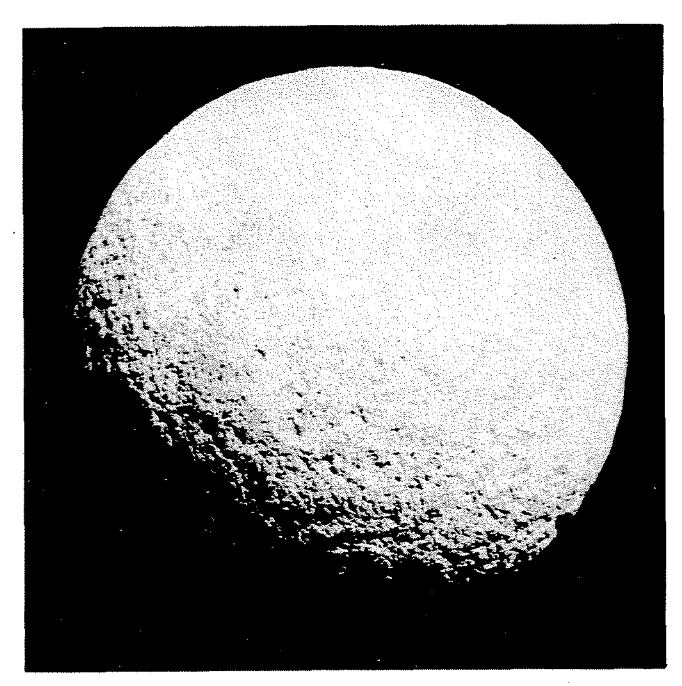




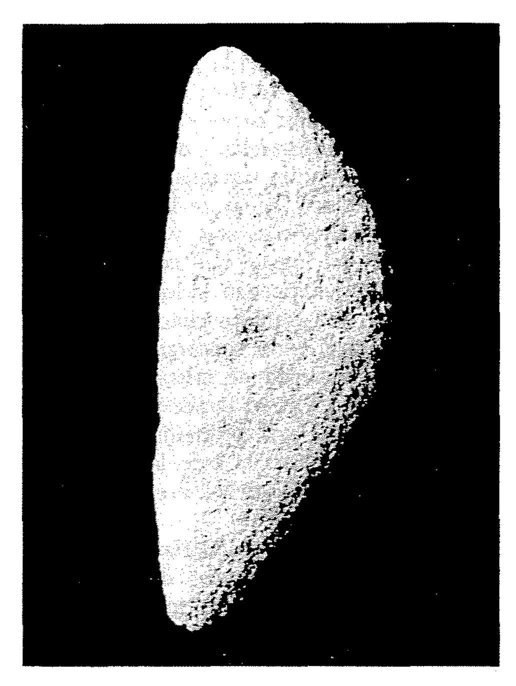
Morteros

Asimismo, del estudio atento de Centenera que los presenció, surge que tenían rudimentos de música y de danza, pues pueden distinguirse, a través de diferentes versos: 1º coros previos al ataque, y 2º durante el mismo; 3º canto de victoria; 4º uso de trompas, bocinas y tambores, y 5º movimientos intencionales del cuerpo durante el combate, a) unos en los cuales "los indios por la tierra se refriegan", b) otros que eran caídas al suelo para volverse a levantar, y c) otros en que hacían "motín perneta muy gritando". La arqueología no ha podido identificar los mencionados instrumentos. No se ha recogido aquí ningún caracol, entre las numerosas especies de forma alargada que el mar arroja a nuestras playas, despuntado como lo hacían intencionalmente, en otras regiones de América, para usarlos como trompas; y los que tienen perforación lateral la ofrecen como resultado del desgaste natural, no por el intencional que también otros pueblos hacían en tales piezas.

En 1812 el general Antonio Díaz presenció y escuchó de los charrúas, en un momento trascendental como lo era la iniciación de la guerra, 1º coros previos al ataque ("una gran gritería de los hombres"), al compás de la lanza del cacique;. 2º un "himno" de las mujeres, y 3º quizás también una forma de danza de éstas, danza, si así puede llamarse, como creemos, en todo caso limitada a la colocación casi inmóvil, hierática, que las vio adoptar, y que consistía en un voluntario alineamiento, acaso ritual, y, de todos modos, solemne.



Piedra lenticular. Cañada Saldaña (Museo Oliveras).



Pulidor en forma de media luna. Médanos de Garzón (Museo Oliveras)



Religión

Tampoco es exacta la afirmación de Azara según la cual no tenían religión alguna.

Ya el general Antonio Díaz se resistía a admitirlo, y más tarde José H. Figueira advirtió que sus ritos y ofrendas funerarias (y debemos aclarar que se refería sin duda tanto a las mutilaciones, incisiones y ayunos como al hecho de que colocaban sobre las tumbas los objetos del muerto y ataban junto a ellas su caballo, que lo ayudaría para el gran viaje), así como su modo de asistir a los enfermos (aludía a la práctica de chuparles el estómago, para extraer evidentemente los espíritus malignos), revelaban "la existencia de un animismo bien caracterizado". Canals Frau dice que practicaban el shamamismo, y ambas definiciones pueden conllevarse, porque, en cuanto a esto último, tanto Lozano como el P. Nussdorfer, en el cual se basa Canals Frau, y hasta el mismo Azara, éste para los minuanes, y aquél para los güenoas, muestran que tenían sus hechiceros. Pero Lozano es mucho más amplio, pues, después de expresar que en todas sus costumbres "son semejantes a los charrúas, los yaros mencionados, los *martidanes* y los *güenoas*" dice, refiriéndose evidentemente a todos: "tienen entre ellos algún séquito de hechiceros".

Aparte de ello, parece que adoraban a la luna, pues en un verso de Centenera, que ya citó para afirmarlo así el Dr. Schiaffino, un charrúa desafía a un español "por la luna a quien adoro" y, coincidentemente, una de las frases que recogieron los marinos franceses de 1555 y publicó Thévet significa "la luna os hará arrepentir".

Su culto por los muertos se revela asimismo en que transportaban los restos de éstos en sus peregrinaciones. Pero hay muchas otras manifestaciones religiosas y no sólo en sus ritos funerarios, ya aludidos.

Además de lo que habíamos adelantado sobre totemismo, el que explicaría, no sólo los hechos de orden clánico que hemos visto, sino también, siguiendo a Frazer, detalles del tatuaje, de las pinturas corporales, y otros más que no hay lugar aquí para puntualizar, se perciben creencias metempsicósicas en el hecho de que, cuando, en París, Dumoutier comunicó a Vaimaca la muerte de Senaqué, respondió el cacique: "ah, regresó al país. Volverá otra vez".

Pero habría otro plano más elevado de creencias, porque dice Dumoutier en otra parte: "Son idólatras y creen en la existencia del alma. Admiten la existencia de un espíritu superior al cual rinden homenaje. Hablan todos de un gran espíritu". No hay que pensar que Dumoutier haya dado a la expresión "idólatras" un sentido muy pre-

Dumoutier describió en 1833 el arco musical que Tacuabé construyó en París y que consistía en una rama en la que hacía dos cortaduras, cada una próxima a uno de los extremos, que unía moviblemente con cerdas de caballo, sobre las cuales, mojándolas con saliva, el ejecutante debía deslizar otra rama, que arrancaba sonidos "muy dulces y bastante armoniosos". Estos debían modularse teniendo entre los dientes el instrumento para que, abriendo y cerrando la boca, fuera graduándose el curso melódico. Y dice en otra parte: "Guyunusa sabe cantar y se acompaña con su violín", comentando asimismo: "Sobre tal instrumento, puede pensarse que el número de notas que se puede obtener es bastante limitado; sin embargo da casi una octava, y los aires que permite tocar son monótonos y poco variados; su medida ordinariamente es de tres tiempos".

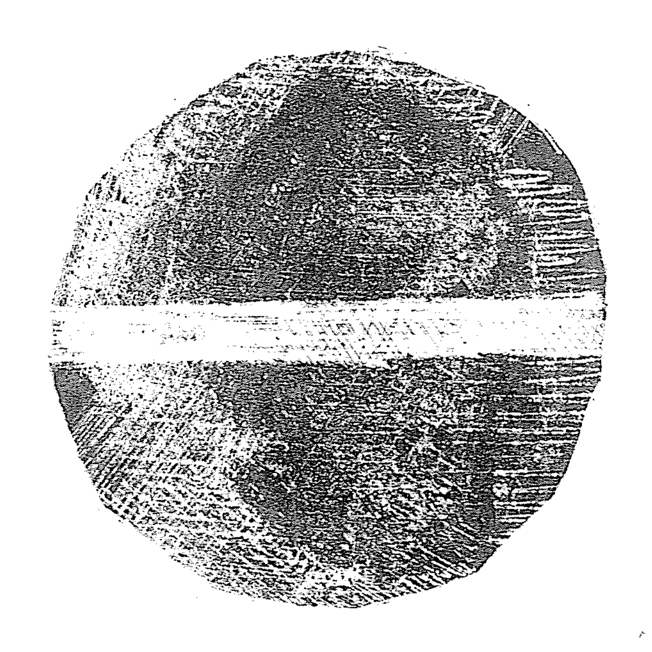
ciso. No es aventurado suponer que aludía con ello a creencias del orden de las que ya hemos reconocido profesaban, como el animismo y el shamanismo. Pero quedan además las dos ideas de cuya trascendencia interesaría alcanzar a interpretar el alcance y sentido que le daban: la existencia del alma y el gran espíritu. Y, sobre ello, nada más sabemos que lo transcripto.

Una creencia de otra naturaleza anota el general Díaz, cuando dice: "[. . .] los que yo conocí y examiné por la primera vez en el año XII suponían la existencia de un espíritu maléfico al que atribuían todas sus desgracias, enfermedades o desastres. Ese genio malhechor se llama "gualiche". Recuérdese solamente que "gualicho" era creencia de origen pampa; que Daniel Granada lo ha comparado con los microbios de los pantanos, que producían dolores, parálisis, ceguera y sordera.

 *Estado mental y técnica*

Recuérdese que contaban hasta diez con una base de numeración cuaternaria. Del 1 al 4 lo hacían con palabras diferentes para cada número, y luego seguían, sumando al 4 un 1 para formar el 5, un 2 para el 6, y un 3 para el 7. Pero de ahí, multiplicaban 4 por 2, o 4 veces 2, para formar el 8, luego restaban 1 a los 10 dedos que habían contado en dos vueltas de mano, y, cerrando ésta a la segunda vuelta, habían alcanzado el 10, que señalaban cerrando la mano como lo hace suponer, según lo advirtió Perea y Alonso, el hecho de ser ésta una costumbre indí-

Los utensilios y armas de piedra podemos dividirlos así: láminas *o pedazos de roca de fractura concoidea, de tallado intencional o simples residuos de trabajo;* sierras, rascadores, *con o sin apéndice;* utensilios amigdaloides, taladros, puntas de flecha, puntas de dardo, *y* puntas de lanza, *todas ellas con o sin apéndice y con o sin aletas. Agregamos ahora la nómina de los artefactos que José H. Figueira no llegó a publicar y enumeró del siguiente modo:* percutores, utensilios de dionita, bolas, discos, rompecabezas, hachas, utensilios semilunares, piedras zoomorfas, moletas *o* frotadores, morteros y pulidores, piedras con hoyuelos *y* pendientes, *entre los cuales podemos reconocer un tipo (las piedras zoomorfas) que, como hemos visto, no era charrúa, sino guayaná, y uno más (las piedras con hoyuelos) que podía serlo aunque era asimismo típica, como también se vio, del guayaná. Cabe decir aquí que la interpretación más admitida de esta última es la que dio José H. Figueira suponiéndolas rompe-cocos porque su área de dispersión coincide con la de las palmeras* butiá, *por más que el profesor Francisco R. Mazzoni cree que eran sobadores, y sus hoyuelos o pocillos estarían destinados a almacenar la grasa para irla untando sobre los cueros que iban a curtir.*







—Urnas funerarias

gena y el de que *guar* significaba mano y *guaroj* era 10, o sea, mano cerrada.

Tenían por tradición cierto conocimiento de su pasado. Disponemos sobre ello de dos testimonios coincidentes. Expresa Dumoutier: "Recuerdan todo lo que la tradición les ha enseñado de lo que han tenido que sufrir sus antepasados de parte de los primeros conquistadores de América. Desde que un joven indio alcanza la edad de la razón, sus padres (¿o parientes?) le cuentan la historia de la conquista y las atrocidades de los españoles (hechos que son más o menos exagerados por la imaginación de los narradores y por la vía de la tradición)". También el general Díaz, en sus Memorias, se refiere a la arenga del cacique previa al combate, dice que en ella "exponía las injurias o agravios recibidos, y les recordaba las glorias de sus mayores, con sus propias hazañas y hechos de armas".

A la vez la arenga misma era en forma de oratoria.

Su técnica revela asimismo un buen desarrollo de la inteligencia.

Debe recordarse, en plano de síntesis, que construían las canoas, los remos, los arcos, la vivienda, el tasajo de venado y el de pescado, las redes para cazar a aquél y las de pescar, a que nos hemos referido, sin entrar en los detalles de su fabricación; que sabían hallar los mejores colorantes, minerales, vegetales o animales para el barniz de su cerámica, y los chanaes para la pintura de su cerámica misma, para tatuarse y pintarse el cuerpo y, sobre todo, para los adornos de sus quillapis; que para coser las pieles de éstos usaron agujas de hueso; que tenían ciertas nociones de medicina, que estudió el Dr. Schiaffino.



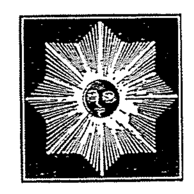
Vinculaciones

No puede hallarse una vinculación única al gran complejo charrúa, ni menos aún, pensarse que no tiene conexiones conocidas.

Hemos aludido apenas a sus fuentes raciales más lejanas, y vimos que se puede pensar en torrentes invasores fuéguidos, láguidos, pámpidos y hasta ándidos.

Los pocos guaranismos que ofrecen los tres vocabularios que se conocen del mismo (el charrúa, el chaná de Soriano y el güenoa) se hallan todos en el primero y el segundo, y no parecen ser sino fruto de aculturaciones. La tipología del material lítico recuerda fuertemente la patagónica, y en gran parte le es idéntica. D'Orbigny dice textualmente estas palabras: "Resumiendo los hechos conocidos, se ve que existen semejanzas entre los Tobas y Mbocobís y los Charrúas, tanto en los usos, costumbres y facciones como en el lenguaje; hay especialmente entre ellos un rasgo que sólo se encuentra en las naciones del Gran Chaco y en los Charrúas, es el tatuaje".

Es verosímil, pues, una pluralidad de fuentes procedentes de migraciones diversas que se han venido superponiendo en el territorio, en cierto modo terminal, del Uruguay, por una serie de esos procesos de "barrido" o "arrinconamiento" que se dan frecuentemente en las penínsulas. Cabría volver a decir, pues, con Moisés Bertoni, que el charrúa fue formado por varios grupos de diverso origen que se fusionaron por la posterior convivencia en un territorio común.



Evolución histórica posterior de los charrúas en sus últimos períodos

Muy degenerados hacia los siglos XVII y XVIII en las zonas de Entre Ríos y Santa Fe (Argentina) por el contacto con los españoles y con los portugueses, se dieron a "maloquear" o sea hacer correrías, para cazar en las tribus vecinas indios a los que prácticamente esclavizaban para venderlos a trueque de alcohol, a los vecinos de esta ciudad, sin convertirse ni dejarse sojuzgar jamás. Pudo, en efecto, sentenciar Azara a comienzos del siglo XIX, que los charrúas, pese a su corto número, dieron a los españoles más trabajo para intentar someterlos que los grandes imperios de México y el Perú.

Los charrúas, a quienes Artigas había perseguido porque saqueaban las estancias cuando prestaba servicios todavía, como integrante de la administración española, en el Cuerpo de Blandengues, lo siguieron con devoción cuando el gran caudillo se hizo jefe de una gran revolución en la que, sin comprender todos sus ideales, los indios (y no sólo los charrúas, sino también los guaraníes y los chaqueños) supieron reconocer un gran movimiento de rebeldía y de libertad y el nacimiento de una nueva patria que los acogía, en la que podían integrarse y que les reconocía sus derechos.

Empero, caído Artigas y desaparecido éste del escenario de la historia, los charrúas, como grupo que siguiera haciendo vida social de tal en tolderías, fueron exterminados en el Uruguay independiente en 1831. El grueso de sus hombres sucumbió entonces, luchando con desesperación y alarde incontenible y furioso de heroísmo, y su lengua se extinguió aquí con ellos. Pero algunos de sus restos se refugiaron en Corrientes, donde quizás subsisten, unidos, los últimos miembros de un clan charrúa, que se cree prolonga acaso allí la vida de su idioma, en la zona de la Laguna Iberá; otros se fueron para el Sur del Brasil, donde todavía los ubicaba un mapa de 1893. Y en el propio Uruguay aún quedaba en 1863, en Tacuarembó, el cacique Sepé con su toldería, que acabó por diezmar la viruela. Con todo, un largo centenar de mujeres capturadas en 1831 fueron traídas para el servicio doméstico en Montevideo. Y, sin contar los descendientes de éstas, que andarán esparcidos por todos los barrios de la gran ciudad, buena parte de la población del país, especialmente en campaña, bastante difícil de identificar para el profano, bajo las ropas y los hábitos de la civilización guarda en sus venas, y hasta suele mostrar en sus rostros, sus últimos vestigios vivientes.

GLOSARIO

ANTROPOLITO. Escultura de piedra con forma de hombre.

AVUNCULADO. Autoridad especial que ejerce el tío materno sobre su sobrino, en algunos pueblos primitivos.

CLAN. Unidad social basada en el parentesco por la línea de uno de los padres, que incluye a los parientes carnales de una sola rama. A veces incorpora, mediante una ficción legal o una ceremonia religiosa personas que no son parientes carnales. Suele practicar la exogamia.

ENDOGAMIA. Norma según la cual el matrimonio debe realizarse entre los miembros del mismo grupo o unidad social: familia, clan, fratría, aldea, etc.

EXOGAMIA. Norma según la cual el matrimonio debe realizarse entre individuos de distintos grupos sociales.

FRATRIA. Unión, rígida o flexible, según los casos, de dos o más clanes.

HABITAT. Area, lugar o medio natural, adecuado para la residencia de una especie, grupo o persona.

ICTIOLITO. Escultura de piedra con forma de pez.

MATRILINEAL. Cuenta o estimación de la descendencia, herencia o sucesión, exclusiva o preferentemente por línea femenina.

ORNITOLITO. Escultura de piedra con forma de pájaro.

PSITACIDO. Con forma de loro.

TOTEM. Animal, planta y, rara vez, un objeto, del que deriva el nombre del clan y respecto del cual sus miembros se hallan en relación muy especial.

ZOOLITO. Escultura de piedra con forma de animal.

HISTORIA ILUSTRADA DE LA CIVILIZACION URUGUAYA

Enciclopedia

Tomo I

I. La historia política. - Carlos Real de Azúa.
II. 180 años de literatura. - Angel Rama.
III. La evolución económica. - Luis C. Benvenuto.

1. El mundo indígena. - Eugenio Petit Muñoz.
2. Las tierras del sin fin. - Daniel Vidart.
3. La España de la conquista. - Darcy Ribeiro.
4. Conquistadores y colonizadores. - Washington Reyes Abadie.
5. La conquista espiritual. - Alberto Methol.
6. Portugos y brasileños. - Tabaré Melogno.
7. El gaucho. - Daniel Vidart.
8. El mostrador montevideano. - Lucía Sala de Touron.
9. Amos y esclavos. - Agustín Beraza.
10. La vida cotidiana en 1800. - Alfredo Castellanos.

Cuaderno

Tomo I

I. El pensamiento de Artigas.
II. Cuentos de horror. - Horacio Quiroga.
III. Montevideo en cuentos. - Benedetti, Hernández, Martínez Moreno, Onetti, Somers.

1. Los indios del plata. - Lozano, Azara, Larrañaga, Zorrilla de San Martín, Acevedo Díaz.
2. Diario de viaje a Paysandú. - Dámaso Larrañaga.
3. Cartas del nuevo mundo. - Colón, Vespucio, Lopez de Sousa.
4. La voz de los vencidos. - (textos indígenas).
5. Las vaquerías del mar. - Cardiel, González.
6. Muerte al invasor. - (poemas y proclamas).
7. La poesía política. - (antología).
8. El nacimiento de la ciudad. - Pérez Castellano y otros.
9. Cantos y bailes negros. - Rossi y otros.
10. Las visitas extranjeras. - (antología).

Tomo II

11. Los porteños.
12. La guerra de los imperios.
13. Artigas: la conciencia cívica.
14. Las montoneras y sus caudillos.
15. La Independencia y el Estado Oriental.
16. Los patricios.
17. Civilización y barbarie.
18. El mundo romántico.
19. Divisas y partidos.
20. Las guerras civiles.

Tomo III

21. Principistas y doctores.
22. Latorre y el Estado uruguayo.
23. Varela: la conciencia cultural.
24. La estancia alambrada.
25. Ingleses, ferrocarriles y frigoríficos.
26. Masones y liberales.
27. Los retratistas del país.
28. Los gringos.
29. Los grandes negocios.
30. La belle époque.

Tomo IV

31. La cultura del 900.
32. Saravia: el fin de las guerras civiles.
33. Obreros y anarquistas.
34. Batlle: la conciencia social.
35. Estatización y burocracia.
36. El ascenso de las clases medias.
37. Sufragistas y poetisas.
38. La vida musical.
39. La Iglesia.
40. La democracia política.

Tomo V

41. Los años locos.
42. El tango.
43. Las vanguardias literarias.
44. Los pensadores.
45. La quiebra del modelo.
46. El arte nuevo.
47. La garra celeste.
48. Urbanización e industrialización.
49. La Universidad.
50. Herrera: el nacionalismo agrario.

Tomo VI

51. La conciencia crítica.
52. El sindicalismo.
53. Crisis económica.
54. Nuestro legado espiritual.
55. El mensaje de los jóvenes.

1 enciclopedia + 1 cuaderno $ 85.-



Publicación semanal de Editores Reunidos y Editorial Arca, del Uruguay. Redacción y Administración: Cerro Largo 949, Montevideo, Tel. 8 03 18. Plan y dirección general: Angel Rama. Director ejecutivo: Luis Carlos Benvenuto. Administrador: Julio Bayce. Asesor historiográfico: Julio C. Rodríguez. Dirección artística: Nicolás Loureiro y Jorge Carrozzino (artegraf). Fotógrafo: Julio Navarro. Impreso en Uruguay en Impresora Uruguaya Colombino S.A., Juncal 1511, Montevideo, amparado en el art. 79 de la ley 13.349 (Comisión del Papel). Mayo 1968.